

CENTENARIO CLARÍN 1901-2001. EL PROTAGONISMO DUAL EN *LA REGENTA*

DAN MUNTEANU COLÁN

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

El destino de la obra de Clarín es bastante singular en el panorama de las letras españolas. En vida, su persona y, sobre todo, su obra fueron objeto de muchas polémicas, entre las que destaca la triple acusación de plagio de Bonafoux y la respuesta del escritor (Martínez Cachero 1985b).

Sus polémicas con Revilla, Balart, Navarro Ledesma, Manuel del Palacio, la Pardo Bazán, Bonafoux, «Fray Candil»¹, Padre Blanco, Padre Muñoz y con tantos otros, forman una inacabable cadena al través de su vida. La miserable condición humana que se complace en insultos y dimes y diretes personales ha dado una notoriedad inmensa a estos sucesos de la vida de Clarín, ponía de manifiesto acertadamente Sáinz Rodríguez (1921: 15-16).

Mucho tiempo después del fallecimiento prematuro del novelista, las historias literarias y los estudios críticos no le concedieron suficiente atención y su merecido lugar en el panteón de los grandes escritores españoles. Se podría decir que fue el más olvidado creador de su generación, que contaba con algunas personalidades de la talla de Galdós, Pardo Bazán o Blasco Ibáñez. La explicación de este descuido, según algunos

estudiosos, sería la llamada «dispersión» de Clarín entre el periodismo, la crítica literaria y la narrativa. Otros opinan que la causa fue la intransigencia del escritor frente a la sociedad y las realidades de su tiempo. Y, finalmente, otros consideran que «el olvido» en que había caído se debería a su relativamente escasa producción literaria. Pero aunque hubiera escrito sólo *La Regenta*, a Clarín se le debe reservar, como se está haciendo desde hace unas décadas, un lugar de primera magnitud en la literatura española, el lugar de «un gran escritor», como lo define Juan Ramón Jiménez (Gullón 1958). No olvidemos que la crítica literaria española actual es unánime o casi unánime al apreciar esta obra «como la mejor novela española del siglo XIX después de *Fortunata y Jacinta*, a la que en algunos aspectos formales supera, a la que supera indiscutiblemente en arquitectura y en penetración psicológica» (Torrente Ballester 1965: 141).

La Regenta es, indudablemente, la obra maestra de Leopoldo Alas y Ureña, Clarín. El título de la novela alude claramente a la protagonista, Ana Ozores, la mujer del regente, y al entresijo de sentimientos, reflexiones y actitudes psicológicas enfrentadas que abriga su alma, a la acción «interna» de la novela, más que a la «suma de peripecias o anécdotas externas» (Martínez Cachero 1985a: 170), que protagoniza la heroína. Sin embargo, la acción interna, psicológica, se entrelaza con un impresionante fresco que representa la acción externa, protagonizada por una amplia y variopinta sociedad constituida por los habitantes de una ciudad, Vetusta, cuya radiografía hace Clarín. El escritor intuía que las grandes novelas debían estar estructuradas de esa manera, desde la perspectiva de la dualidad protagonista individual-protagonista colectivo, cuando elogiaba las obras de Galdós, *Realidad* y *Tormento*, respectivamente, y escribía que: «No sólo nos ha hecho ver [Galdós] la novela de análisis excepcional, como legítima esfera del estudio de la realidad, sino que nos ha demostrado que esa novela puede existir [...] de bajo de otra»; o «¿no puede ser el protagonista un grupo? ¿No puede ser el protagonista del libro un pueblo entero?» Esta perspectiva dual está presente, aunque no tan pregnadamente, también en las otras novelas del autor, *Su único hijo*, *Las dos cajas* y *Sperandeo*. Bonifacio Reyes, el enamorado de la

música, el flautista aficionado de *Su único hijo*, ama, se atormenta y consume su drama interior, igual que Ana Ozores, en una ciudad de provincia tan grisácea y burguesa como Vetusta, donde él, su mujer, Emma Valcárcel, y todos los demás personajes que los rodean viven en un mundo de hipocresía, en el cual cuentan sólo las apariencias, en una sociedad falsa que los fue moldeando, mutilándolos espiritualmente. El entretejimiento es tan evidente que Martínez Cachero (1985a: 170) llega a afirmar que:

A la vista de semejante estructura o disposición general de partes en la novela de Leopoldo Alas cabría preguntarse si ésta debe llevar como título el que lleva (dando la primacía al personaje-protagonista) o, en otro caso, el de *Vetusta* (la primacía se concede así al conjunto humano y más que humano que la rodea y, finalmente, la vence).

Esta cita contiene dos afirmaciones que, en nuestra opinión, necesitan ser justificadas con argumentos objetivos. La primera, que comparáramos sin reservas, según la cual *La Regenta* es no sólo la novela de unas individualidades, sino de toda una comunidad. Y, la segunda, con la que no estamos totalmente de acuerdo, que defiende que Ana Ozores acaba por ser vencida por la sociedad en que está viviendo.

La obra literaria de Clarín, principalmente sus novelas, está condicionada, a nuestro juicio, por una serie de factores que le confieren singularidad y originalidad en el contexto literario de la época y en la literatura española en general. Podemos distinguir, en nuestra opinión, al menos dos factores condicionantes, endógenos, íntimamente relacionados con la biografía del escritor, y un factor coadyuvante, exógeno, que es la situación general político-económica y sociocultural de la España de la segunda mitad del diecinueve. Los analizaremos a continuación.

Leopoldo Alas hubiera llegado a ser escritor quizás desde una tierna edad, si tenemos en cuenta sus comienzos a los doce años, con *El cerco de Zamora* y *Una comedia por un real*, igual que Víctor Quintanar habría podido llegar a ser actor, si esa profesión le hubiese permitido vivir decentemente. Pero, tal como su héroe se convertirá en magistrado y regente, a pesar de no sentirse llamado de manera particular por la Justicia, Leopoldo

do Alas estudia derecho, obtiene el título de doctor en 1878 y llega a ser catedrático de Economía Política y Estadística en las universidades de Salamanca, Zaragoza y, a partir de 1883 hasta el final de su vida, de Oviedo (Martínez Cachero 1989: 373-376). Esta circunstancia lo marcará durante toda su vida. Espíritu librepensador, sediento de conocimientos (Clarín había leído a Bergson y Nietzsche cuando en España apenas se sabía de su existencia), el escritor se verá condenado a vivir en una especie de cautiverio, en una ciudad provinciana moribunda, dominada por la torre de la catedral y el bigotismo. En Vetusta-Oviedo los valores, desde la religión, la política y la convivencia humana hasta la elegancia en el vestir, sufren una triste deformación. «La ignorancia y la rutina ejercen imperio absoluto, ninguna vislumbre de salvación se adivina» (Martínez Cachero 1985a: 160) y, como le escribe Ana a Fermín, «[...] vivir en Vetusta la vida ordinaria de los demás era como encerrarse en un cuarto estrecho con un brasero. Era el suicidio por asfixia» (capítulo XXI).

Nada más ridículo en Vetusta que el romanticismo. Y se llamaba romántico todo lo que no fuese vulgar, pedestre, prosaico, callejero (capítulo XVI). [...] las muchachas pierden su hermosura y acaban en beatas; los muchachos dejan el luciente sombrero de copa, se embozan en la capa y se hacen jugadores. Los que quieren medrar salen del pueblo (capítulo V).

Casi todos los vetustenses, personajes de la novela, llevan una existencia falsa, contrahecha: Trifón Cármenes es un pseudo-poeta, Pepe Ronzal, «Trabuco», un pseudo-político, Álvaro Mesías, un pseudo-Don Juan, los capitulares catedralicios, unos pseudo-teólogos, y toda la vida vetustense está dominada por la pseudo-cultura, la pseudo-religión y la pseudo-política.

Temperamento colérico, aficionado a la especulación teórica, con un deseo casi compulsivo de escribir, Leopoldo Alas, encerrado en esta ciudad-prisión, es profesor universitario y su vocación se verá dividida entre la ficción narrativa y la reflexión didáctica (Sobejano 1967). Aspecto que había destacado con mucho acierto ya en 1896 Sotillo, al escribir que en su obra «siempre se echa de ver el propósito hondamente moral, docente, el empeño de corregir, el afán de convertir y de salvar al que lee, primero, del tedio y del aburrimiento, después, de cosas peores que para las almas débi-

les guarda la vida corriente y vulgar, grosera y sensual» (Sotillo 1896: XIV). Sin embargo, no podemos compartir la opinión de Marañón, según la cual, la literatura no fue nunca una profesión para Clarín, sino su obra de *dilettanti* en su actividad de profesor.

El segundo factor condicionante, según nuestro parecer, es la condición de periodista y crítico literario de Clarín. Comienza su actividad literaria en la prensa de la época y seguirá publicando sus famosos «paliques» hasta poco antes de fallecer. Intransigente, pero objetivo, justo, Clarín fue toda su vida un fino observador de la realidad circundante, irónico, mordaz, a veces, pero sin sombra de maldad moral. Esta actitud caracteriza también su crítica literaria. Clarín cree en la valoración objetiva, correcta de la obra literaria, en el juicio estético, llevados a cabo no sólo con rigor intelectual, sino también moral.

La ejemplaridad del caso Clarín consiste precisamente en la intención moral de sus *críticas*. Cree firmemente en la necesidad del juicio justo y exacto, sin componendas ni paliativos, y lo cree necesario por un cúmulo de razones que van desde la honradez al patriotismo. [...] Clarín constituye hoy un arquetipo de lo que debe ser el crítico literario considerado como ser moral (Torrente Ballester 1965: 130-131).

Clarín penetra en la literatura como crítico y reformador, partidario del aristocraticismo literario, convencido de la gran nobleza de la actividad literaria. «Yo que soy demócrata de alma, creo que en la literatura no ha pasado el tiempo de las oligarquías», le escribía a Menéndez y Pelayo. Igual que Flaubert, quiere ser un artista verdadero. Su narrativa obedece a sus propios juicios críticos, a teorías previa y claramente definidas sobre la temporalidad de la obra de arte y su profunda vinculación con la época en que se produce, el idealismo y el realismo, el naturalismo, las leyes que definen los géneros literarios, etc. Recordemos como define Clarín al novelista en su brillante estudio crítico a la obra de Galdós, *Realidad*. El novelista tiene la capacidad o el don de instalarse en el interior del personaje, de estudiarlo desde dentro, íntimamente, no para suplantar su personalidad, sino para tener «una perspectiva ideal que le consiente verlo todo, sin desproporción causada por la distancia».

El tercer factor, que considramos coadyuvante y no condicionante, es el contexto en que Clarín escribe su obra, profusamente reflejado sobre todo en sus novelas, fiel a sus ideas sobre la estrecha relación entre la obra de arte y la época. *La Regenta* se publica en 1884, cuando Clarín cumplía la edad mesiánica, en un contexto muy complejo. España vivía la agonía de los grandes moribundos. El gran Imperio se iba desmoronando paulatina, pero seguramente. El país deja de ser la gran potencia colonial de antaño y vive la transición mundial hacia un nuevo orden político-económico sobre el telón de fondo de un sistema con fuertes huellas feudales. La gran aristocracia con poderes casi absolutos se verá obligada a compartir sus privilegios políticos, económicos y sociales con la naciente burguesía, los nuevos ricos, los «indianos», «americanos» o «vespucios» -en palabras de Clarín. La Iglesia, tras haber participado casi abiertamente en las guerras carlistas, no está dispuesta a ver menoscabada su omnipotencia y adopta la táctica de la dominación espiritual de sus fieles. A pesar de este panorama contradictorio, España registra un lento proceso de modernización, muy inferior al resto de los grandes países europeos. Sin embargo, a pesar de este atraso evidente, se nota cierta voluntad de renunciar al pasado y de adecuar las relaciones e instituciones a las nuevas realidades, aunque los nuevos ricos generalmente se complacen en el conformismo que les permite imitar la vida y las costumbres de la aristocracia, voluntad que culmina con la abdicación del rey Amadeo de Saboya y la proclamación de la primera República. La tentativa de la joven burguesía nacional, clase en ascensión, de conducir el país *de jure* se verá abocada al fracaso, cuando dos años después, en 1874, el general Martínez Campo, tras un pronunciamiento militar instala en el trono como rey a Alfonso XII, con el que empieza el conocido período de la Restauración, que vivirá y criticará severamente Clarín.

Hemos aludido en el título a un doble protagonismo: individual y colectivo. La novela, más allá de la vida cotidiana de la noble y leal urbe, marcada por la monotonía, la lluvia que dura casi todo el año, y la hipocresía de sus habitantes, «anfibios que se preparan a vivir debajo del agua la temporada que su destino les condena a este elemento» (capítulo XVI),

vanidosos, ambiciosos, tacaños, narra la historia de tres ambiciones enfrentadas. La trama externa, los sucesos, peripecias y anécdotas descritos en la novela relatan precisamente esta batalla sorda y encarnizada entre el canónigo Fermín de Pas, doña Ana de Ozores de Quintanar y don Álvaro Mesía. Clarín construye la novela con singular maestría, porque, paradójicamente, las tres personalidades enfrentadas se necesitan continuamente: cada uno necesita al otro, está buscando y se dirige ansiosa e ininterrumpidamente hacia el otro. Ana necesita al canónigo; Álvaro necesita a Ana; y cuando el canónigo también desea a Ana, ésta se dirige hacia Álvaro o hacia Víctor, su marido. Los personajes se mueven como en un círculo vicioso del que no logran salir hasta el desenlace de la novela. Paralelamente, se desarrolla la acción interna, la lucha interior que se libra dentro de cada uno de estos personajes entre sus propios demonios ocultos. El resultado de cada batalla interior influirá en el enfrentamiento exterior de los tres y les ayudará a vencer o a ser vencidos. Los protagonistas, sobre todo Ana y Fermín, a pesar de estar dominados totalmente por la atmósfera vetustense, se consideran superiores a sus conciudadanos, debido a sus cualidades y aspiraciones. La protagonista se autocompadece porque «estaba condenada a vivir entre necios» y cree en «la fuerza superior de la estupidez general» (capítulo V), mientras el Magistral considera a los demás «basura». Pero la apisonadora del microcosmos en el que están sumergidos tiene más fuerza que sus propias voluntades y los aplasta espiritualmente igual que a los demás: cada uno vela por sus propios intereses, dispuesto a atropellar al prójimo sin miramientos.

Fermín de Pas es hijo de gente pobre, educado con grandes sacrificios por su madre, que había aprendido desde su infancia, allá en su pueblo norteño de mineros, que lo único que cuenta en este mundo es el dinero. Por eso, doña Paula hará todo lo posible para que su hijo y ella lleguen a ser ricos y, por tanto, poderosos. Y para ver cumplido su sueño, no escatimará nada. Chantaje, especulaciones, intrigas, nada le parecerá poco. Fermín será educado en este espíritu: todo por el poder y la riqueza. En nombre de la Cruz, le enseñaban los padres jesuitas, en nombre propio, le aconsejaba su madre. El resultado no se deja esperar. Fermín de Pas llega a ser vicario general de la

diócesis de Vetusta, temido por todos y en toda la provincia, inclusive por el obispo, mero instrumento obediente en manos de doña Paula y su hijo. La ambición del Magistral trata de compensar ahora su juventud frustrada y las humillaciones que implica vestir sotana. Fermín de Pas sueña con el poder absoluto, anhela dominar, ser omnipotente. Atrás han quedado otros sueños -ridículos- de juventud -hechos gloriosos en nombre de la Cruz, misiones peligrosas junto a otros hermanos jesuitas en tierras ignotas y misteriosas, dispuestos a dar su vida por la fe cristiana. Ahora quiere sólo dominar a todos, tener el Universo, o al menos su Universo, a sus pies. Tal como lo tiene cada vez que sube a la torre y contempla la ciudad por el catalejo, como un auténtico monarca absoluto. Y nada es demasiado para conseguir sus fines. Negocia con los bienes materiales y con las almas. Se aprovecha de su condición de ministro de Dios y de confesor para imponer su voluntad, mediante hijas o esposas, en la casi totalidad de las familias ricas y poderosas de la ciudad. Al amparo de su condición de sacerdote, de la falsa modestia y la humildad, el canónigo dicta según sus intereses o caprichos en cualquier circunstancia. «Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo; había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas» (capítulo I). En esta carrera irrefrenable hacia el poder absoluto, Ana de Ozores es una tentación particular. Hasta el momento en que se da cuenta que todo lo que él consideraba místico, espiritual, elevado es una mentira: que desea a Ana como cualquier mortal, con los sentidos de un hombre joven y sano, cuyos deseos habían latido oprimidos bajo la coraza de acero del dogma católico. En la dramática lucha entre lo espiritual y lo material, vence lo material.

En contraposición a Fermín, Álvaro Mesía es un personaje mucho más linear. Galdós lo define perfectamente:

Acabado tipo de la corrupción que llamamos de buen tono, aristócrata de raza ... hombre que posee el arte de hacer amable su conducta y aun su tiranía caciquil. [...] el cotorrón guapo, de buena ropa, y el jefe provinciano de uno de esos partidos circunstanciales que representan la vida presente, el poder fácil, sin ningún ideal, ni miras elevadas (Galdós 1946: 19).

Álvaro Mesía es «de buena presencia, indolente, elegante hasta la exageración, conquistador de todas las damas que se le antojasen» (Arnáiz 1967: 211), el don Juan de Vetusta, según sus propios recuerdos o las historias narradas por distintos personajes sobre sus conquistas amorosas. No obstante, «cuando está en acción [...] resulta ser un seudo-Tenorio, dispuesto a rematar lo antes posible la aventura en que anda [...] una muestra, en suma, de lo que alguien llama "el Don Juan desdonjuanizado"» (Martínez Cachero 1985a: 159). La ambición de Mesía confesada públicamente es servir a su país. «Yo no tengo ambición política. Si milito en un partido es por servir a mi país, pero la política me es antipática... tanta farsa... tanta mentira...» (capítulo XVIII). Aunque conquistar a las mujeres ya no es una ambición para él, sino, eventualmente, el medio más agradable y fácil de ocupar un cargo político importante, a don Álvaro le intriga el aura de castidad y virtud que acompaña a Ana, la bella regenta casada a los diecinueve años con don Víctor Quintanar, el magistrado de cuarenta y pico. Su deseo más candente, su ambición no confesada, es doblegar la voluntad de la virtuosa Ana, conquistarla. Pero en lo más recóndito de su alma también se está librando una dramática batalla entre este deseo casi compulsivo y el temor al fracaso en esta empresa, fracaso que resultaría más aplastante todavía debido a la condición de su rival, el canónigo.

Ana de Ozores es, probablemente, el personaje más complejo de la novela. La personalidad de Ana se fue moldeando y formando primero, en el espíritu de falso pudor de una institutriz inglesa, luego, en el espíritu liberal de su padre, librepensador cuyo principio supremo era *naturalia non turpia*, y, finalmente, en el ambiente sobrecargado de hipocresía de sus tías, seudo señoritas solteras, quienes le enseñaron que

En el mundo en que has entrado y al que perteneces de derecho, es necesario... un ten con ten especial... Sobre todo en el trato con los hombres. Tú habrás notado que, en público, los de la clase jamás faltan a la más estricta y meticulosa... eso, decencia, pero en el trato íntimo, el que no es más que de la clase, ya es otra cosa (capítulo V).

Ana comprende que para vivir en aquel ambiente tiene que convertirse en una perfecta hipócrita, porque el mundo que la rodea es un mundo

ficticio, en el cual la única y fundamental ley de conducta es salvar las apariencias. Los sucesivos ambientes en que se educa y forma la personalidad de Ana dejan profundas huellas en su alma de niña y adolescente. Ana sufre extraños complejos de culpabilidad, totalmente en contra de su moral sana, sin escondrijos. Y sobre este telón de fondo, la educación católica siembra en su espíritu la semilla del misticismo. Al casarse con Víctor, hombre bueno, comprensivo, tierno, cazador, botánico, entomólogo, ebe-nista y muchas otras cosas más, menos auténtico marido, Ana se da cuenta de que éste no la puede amar tal como ella desea, sino como un padre, un protector. El sentimiento del matrimonio frustrado y de una maternidad imposible se vuelven agobiantes y se añaden a todos los complejos anteriores de Ana. El auténtico drama de la protagonista empieza cuando se da cuenta del fracaso de su vida. Es el momento en el que necesita ayuda y cree encontrarla en la fe, en Dios y en su ministro, don Fermín de Pas. Y precisamente en este trance, comprende que el Magistral, su hermano de alma, la quiere como mujer, y se estremece «como al contacto de un cuerpo viscoso y frío». La ambición suprema de Ana es vivir su vida de acuerdo con sus principios morales sanos y sin repliegues. Casarse, ser fiel al bueno de Quintanar, tener hijos y llegar al equilibrio moral que tanto necesitó durante los años de infancia y adolescencia. En su foro interior se libra una batalla más dramática que en el caso de sus dos admiradores: por un lado, entre esta ambición, este ideal de vida modesto, en definitiva, y sus propios impulsos dictados por su cuerpo joven y falto de satisfacciones. Por otro lado, entre la admiración por Fermín de Pas, la fascinación por Álvaro y la fidelidad mezclada con una especie de amor fraternal debida a Quintanar.

Se ha escrito mucho sobre la similitud entre Ana y Emma Bovary, desde la acusación de plagio de Bonafoux. Emma es una jovencita típica de la época de Flaubert. Una mujer romántica, no apta para la vida, y dominada trágica y ridículamente por la falsedad. La aventura de Emma y su caída en el adulterio es lamentable, porque Emma es una pequeña burguesa que no hace más que aspirar a una vida que su condición no le puede ofrecer. Ana no es, como opinan muchos críticos, la mujer sin voluntad que cae en los brazos de Álvaro, el perfecto caballero, digno, educado y

sensible (aparentemente). Antes de dar el paso definitivo hacia la aventura con Álvaro, Ana escudriña todos sus recursos espirituales, hace acopio de toda su inteligencia y preparación y no escatima nada para hallar el anhelado equilibrio moral que tanto necesita. Sólo cuando ve agotadas todas las demás posibilidades, decide conscientemente desafiar todos los llamados valores fundamentales de la sociedad en que vive y todas las normas de conducta prefijadas. Por eso, creemos que Ana no es una vencida, sino una triunfadora, una heroína que se adelanta a su época y supera su condición.

Se ha afirmado frecuentemente que en el enfrentamiento exterior a tres bandas entre los personajes principales y el enfrentamiento interior de cada uno de ellos, Ana de Ozores y don Fermín de Pas terminan por ser aplastados por la sociedad que despreciaban y que, por fuerza, los había marcado igual que a los demás. En el final de la novela el autor nos describe a De Pas como siempre, en su sitio, ni más alto, ni distinto que el de siempre, mientras a Ana, la presenta como a un ángel caído, adúltera sin posibilidad de salvarse y de salvar las apariencias, «de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro» de la catedral, sin sentido, condenada a volver a la vida al «sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo», el beso lascivo y perverso de Celedonio (capítulo XXX), imagen de la derrota total (Martínez Cachero 1985a: 162). Sobejano (1967) no comparte esta opinión:

el desenlace de *La Regenta* no hubiera podido ser otro: derrota de la casada adúltera y del sacerdote preso en su sotana a manos del mundo de lo ya nombrado, del mundo de la prosa degradado por la opresión de los códigos; pero triunfo de ambos, y de su creador, en la medida en que ellos tres son los únicos que no podrían adaptarse nunca a ese mundo, han erigido contra él lo infinito de su deseo.

No compartimos la opinión de Sobejano en cuanto a Fermín. El canónigo se había adaptado perfectamente al mundo en que vivía, le encantaba aquel mundo en el que podía dominar y se avergonzaba de sus sueños juveniles. Fermín de Pas no es Leopoldo Alas, quien había declarado la guerra, igual que Flaubert, a la necesidad humana. En cambio, Ana, a pesar de las apariencias, es una triunfadora. Ana no acepta el orden esta-

blecido desde los albores de la Humanidad. Dios creó a la mujer para que obedeciera al hombre y a las leyes establecidas. Pigmalión creó una mujer que le complaciera y obedeciera. Y desde estos mitos hasta el siglo XIX, la idea de la mujer moldeada según los deseos del hombre y las reglas impuestas por la sociedad, no ha cambiado mucho. Desde esta perspectiva, podríamos considerar que Ana de Ozores es una precursora de los personajes femeninos que, bien entrado el siglo XX, empiezan a cambiar la visión de la mujer. Ana es, en cierta forma, una rebelde. No acepta la hipocresía, la falsedad y la mentira, cree desde niña en la moral sana y rechaza los pensamientos retorcidos. Su amor por Álvaro Mesía no es un capricho, ni mera lujuria, sino el resultado natural de un cúmulo de circunstancias -el desgano matrimonial, la maternidad frustrada, la desilusión religiosa y, no en último lugar, la admiración por Álvaro y su aura de leyenda. Con Ana, la mujer ya no acepta ser el mero objeto del hombre y de la sociedad, y empieza a tomar decisiones propias, asumiendo conscientemente su responsabilidad. De no haber existido personajes como Ana de Ozores, es muy probable que no pudiésemos disfrutar hoy de un personaje como Lolita de Nabukov.

El otro gran protagonista de la novela es la muy noble y leal Vetus-ta. Los tres personajes principales de los que hemos hablado se mueven y están implicados totalmente en la vida vetustense, magnífica oportunidad para Clarín de crear un inmenso fresco de la sociedad contemporánea. Desfilan en las páginas de la novela los representantes de casi todos los estamentos: políticos, clérigos, ateos, pretendidos intelectuales, aristócratas, nuevos ricos, librepensadores, etc., personajes risibles o antipáticos, rechazables o aceptables con o sin reservas. Toda una galería de personajes que podrían convertirse en sendos protagonistas de novelas costumbristas. Empeñado en su cruzada sin cuartel contra la «*bêtise humaine*», «Clarín parece haberse pasado con armas y bagajes desde el comentario de la literatura ajena a su propia narración, y lo mismo que allí era implacable en el señalamiento de los defectos lo será aquí mostrando vicios y pasiones malasanas», como parece reconocer él mismo cuando declara «mi novela es moral, porque es sátira de malas costumbres» (Martínez Cachero 1985a:

160). Los retratos pintados por Clarín parecen más bien unos «caprichos», porque el autor no perdona a nadie, no por maldad, sino porque no acepta la vulgaridad, grosería, falsedad, hipocresía, venalidad, estulticia y todas las demás lacras de la Humanidad.

En la interminable temporada de las lluvias, los vetustenses se reúnen en el Casino, en tertulias caseras, en el palacio de los marqueses de Vegallana o en la iglesia, cuando no van al teatro, para verse, observarse, chismorrear e inventar nuevas calumnias, movidos por la ignorancia, la envidia y la rutina. Cuando las damas de Vetusta y «el resto del público ilustrado de la culta capital» van al teatro, lo hacen para

pasar tres horas cada dos noches observando los trapos y los trapicheos de sus vecinas y amigas. No oyen, ni ven ni entienden lo que pasa en el escenario; únicamente cunado los cómicos hacen mucho ruido, bien con armas de fuego, o con una de esas anagnórisis en que todos resultan padres e hijos de todos y enamorados de sus parientes más cercanos, con los consiguientes alaridos, sólo entonces vuelve la cabeza la buena dama de Vetusta para ver si ha ocurrido allá dentro alguna catástrofe de verdad (capítulo XVI).

Escribe Clarín «[...] se afirmaba que Vetusta se distinguía por su acendrado patriotismo, su religiosidad y su afición a los juegos prohibidos. La religiosidad y el patriotismo se explicaban por la historia, la afición al juego por lo mucho que llovía en Vetusta [...]» (capítulo VI). La religiosidad, cuando no se practicaba de manera interesada (ventajas materiales, políticas o sociales), se manifestaba en la forma de la superstición, o era pura hipocresía, el rasgo dominante de toda la sociedad vetustense.

Los vetustentes eran en general poco aficionados a la teología; ni para bien ni para mal les agradaba hablar de las cosas tejas arriba. Los avanzados se contentaban con atacar al clero, contar chascarrillos escandalosos en que hacían principal papel curas y amas de curas; en esta amena conversación entraban también con gusto algunos conservadores muy ortodoxos. Si creían haber llegado demasiado lejos y temían que alguien pudiera sospechar de su acendrada religiosidad, se añadía, después de la murmuración escandalosa: "Por supuesto que éstas son las excepciones" (capítulo XX).

Los grandes políticos de la ciudad son el marqués de Vegallana, jefe del partido conservador, y don Álvaro Mesía, jefe del partido liberal, bue-

nos amigos, «a pesar de las apariencias de encarnizada discordia», sin convicciones políticas demasiado profundas. Los otros políticos son los carlistas, representados por don Francisco de Asís Carraspique, «de pocas luces naturales», pero de muchos millones. El marqués es una especie de cacique rural que en sus viajes electorales, de paso, sin reparos, siembra la provincia de hijos naturales y de favores, cuando su partido está en el poder. Mesía, a su vez, reparte favores cuando le toca el turno a su partido, y los dos se ayudan mutuamente:

Don Álvaro cuidaba de los negocios de los conservadores lo mismo que de los liberales. Eran panes prestados. Si mandaban los del Marqués, don Álvaro repartía estancillos, comisiones y licencias de caza, y a menudo algo más suculento, como si fueran gobierno los suyos; pero cuando venían los liberales, el marqués de Vegallana seguía siendo árbitro de las elecciones, gracias a Mesía, y daba estancillos, empleos y hasta prebendas. Así era el turno pacífico en Vetusta [...] (capítulo VIII).

Los afiliados a los dos partidos son Ronzal, alias «Trabuco», dechado de ignorancia, pero concejal y diputado provincial por los conservadores, un Rastignac al que no supera en nada el héroe balzaciano, o Foja, liberal, ex-alcalde y usurero.

«En Vetusta y toda su provincia la sabiduría no deslumbraba a casi nadie.» Por eso, el Magistral, que recibía en su despacho, donde tenía la biblioteca, sólo «a los que quería deslumbrar por sabio», pasaba a la mayor parte de sus visitas al salón inmediato. Los intelectuales auténticos «de la culta capital» son pocos. Frígilis es una figura aparte, cuya existencia se desarrolla al margen de la vida de lo más granado de la sociedad vetustense, porque sus cualidades morales -tolerancia, alegría y despreocupación en cuanto a las supersticiones- son raras en Vetusta. Los que leen efectivamente son Víctor Quintanar, Ana, Fermín de Pas y unos cuantos más, como la marquesa, Paco Vegallana y Páez, éstos últimos con gustos anacrónicos, como *Los Mobicanos* de Dumas padre (la marquesa), o muy especiales, como *la Historia de la prostitución* de Dufour (Paco Vegallana) o *El libro del pueblo* de Henao y Muñoz (Páez). El ateo Pompeyo Guimarán, había dejado de leer después de

salir derrotado en el enfrentamiento con la obra de Comte, y se había vuelto sólo «meditador».

La descripción del Casino es reveladora para el nivel cultural de la sociedad vetustense. La biblioteca no la frecuentaba nadie, porque se había perdido la llave de las estanterías y buena parte de los libros. Se leían, en cambio, los periódicos, cuando se leían de verdad, porque hubo un socio del que, tras su muerte, se supo que no sabía inglés aunque cogía todos los días *The Times* para la lectura. Pero, por lo general, los periódicos desaparecían todas las noches, igual que el papel de correspondencia, cuando no se les arrancaban los grabados más atractivos. Finalmente, los socios decidieron trasladar la biblioteca-gabinete de lectura a otra habitación a favor de la sala de tresillo.

Otros intelectuales, como el poeta fracasado Trifón Cármenes, cuyos poemas no los publica ningún periódico de la capital, el arqueólogo Bermúdez o el médico Somoza, que disimulan su ignorancia bajo torrentes de palabras sin sentido y vacías, completan la galería.

«Clarín», debelador implacable y justiciero de tantos escritores y periodistas mediocres y anodinos, cuyas ignorancias e incorrecciones expresivas puso de manifiesto en la crítica higiénica y policíaca de los «paliques», traslada intención y método a las páginas de *La Regenta* para mostrar la inanidad cultural de sus personajes (Martínez Cachero 1985a: 168).

Los pretendidos ateos de Vetusta están representados por don Santos Barinaga y don Pompeyo Guimarán. El primero, comerciante de objetos de culto, se declara ateo y se niega a confesarse antes de morir, menos a causa de las peroratas de Guimarán, y más por el conflicto con doña Paula, dueña de la tienda «La Cruz Roja», que representaba la competencia, y consecuentemente, con la Iglesia. Su odio hacia el Magistral le determina a empecinarse en ser enterrado civilmente, caso singular en Vetusta. Don Pompeyo Guimarán, el ateo oficial de Vetusta, se pasa todo el tiempo predicando contra la religión y la Iglesia en el café de la Paz. Pero a la hora de la verdad, corroído por los remordimientos a causa de lo que le había pasado a su «correligionario» Santos Barinaga, acosado por la familia y los vecinos, termina por abjurar de su ateísmo y muere confesado por su gran enemigo, el canónigo,

para la gran gran vergüenza y decepción de los pretendidos progresistas, que no dudan en tacharlo de hipócrita, cobarde y falto de inteligencia.

El gran fresco se completa con la gama de las figuras femeninas: Visitación, la esposa del funcionario del banco, ex-amante de Mesía, con auténticos atributos de celestina, ahora su arma principal en la batalla por la conquista de Ana; Obdulia Fandiño, viuda provocativa, siempre dispuesta a una aventura amorosa, que frecuenta la iglesia para coquetear con los caballeros de su clase; doña Petronila Rianzares, la «Gran Constantino», símbolo de la perfecta beatetría, en cuya casa se reúnen alrededor de don Fermín todas las damas que alardean ser creyentes; doña Paula, que considera que todo es normal (tener que hacer de usurera, contratar jovencitas de las aldeas cercanas que le sirvan a Fermín y que duerman en la habitación contigua a la del señorito, dejar que don Santos se muera de hambre, y un largo etcetera), todo es decente y respetable, en nombre de la Cruz, con tal de que su hijo siga subiendo la escala jerárquica y siga enriqueciéndose; la marquesa de Vegallana que, recordando su juventud bastante «libre», cierra los ojos a lo que no quiere ver cuando recibía en su palacio, auténtico «lugar de citas y amoríos de tapadillo de los jóvenes de la alta sociedad y de cuyo salón amarillo habían salido muchos matrimonios in extremis» (Arnáiz: 1967: 212).

Hemos dejado para el final al estamento más importante de la sociedad de Vetusta: el clero. Clarín es implacable hasta la causticidad en los aguafuertes de los clérigos vetustentes por separado y en la descripción del gremio en general. Los ministros de Dios, igual que todos los habitantes de la noble capital, viven, respiran y se mueven en un ambiente de envidia, calumnia, hipocresía, mentira, venalidad, vulgaridad, grosería e incultura. Entre los capitulares catedralicios las cuestiones espirituales son menos importantes que las materiales. Libran encarnizadas batallas por las esferas de influencias entre las familias ricas de Vetusta, ventajas materiales y cargos en la jerarquía eclesiástica. La sagrada ciencia teológica o la filosofía son cosas demasiado elevadas para que los dignos preladados les concedan importancia -manera elegante de ocultar su ignorancia-, más inclinados al chismorreo grosero y a la vida social. Saben gozar del respeto de sus fieles y se valen de su posición de pastores espirituales a través de los sermones y las confesiones para mantener o incrementar su esfera de influencia.

El gran fresco destinado a denunciar un sistema político corrupto y reaccionario (Clarín fue adversario declarado de la Restauración y de Cánovas) no deja entreverse posibilidad de cambio alguna. Clarín no parece creer en la capacidad de la naciente burguesía, preocupada, en primer lugar, en imitar a los aristócratas, de renovar la sociedad, ni en la de otras fuerzas sociales. Se afirma, de paso, que «malo era el fanatismo, pero el capitalismo era peor», sin profundizar más en posibles conflictos sociales. Extraña también que falten del fresco referencias más claras al drama del Imperio español sólo catorce años antes de la «catástrofe» del 98. Y llama la atención que la única institución que escapa a la ironía mordaz de Clarín es la Universidad, el segundo hogar del escritor, ciudadano también de la capital provincial Vetusta-Oviedo. La explicación, según Martínez Cachero (1985a: 165), sería que la Universidad era para el escritor una «isla selecta», donde «se iniciaba por entonces [los años 70 y 80] un proceso de mejoría radical merced, sobre todo, a la incorporación de nuevos docentes».

Ha pasado más de un siglo desde la publicación de *La Regenta*, la historia de una mujer y de una ciudad, y el éxito de la obra maestra de Clarín sigue siendo igual que en 1884, cuando escritores como Campoamor, Menéndez Pelayo, Palacio Valdés, Valera, Pereda, Narciso Oller, González Serrano, Giner de los Ríos o Unamuno, elogiaron la novela. En una carta de febrero de 1885, Galdós le escribía a Clarín:

Francamente, amigo, he visto pocas veces, quizás no lo haya visto nunca, manejar treinta o más personajes con la desenvoltura que lo hace Ud., atendiendo a todos y formando con las inflexiones de cada uno un conjunto admirable

[destacando que]

lo que verdaderamente es maravilloso y único en su obra de usted es la vena satírica, aquella gracia digna de Quevedo, con que persigue los lugares comunes de la conversación, de la literatura y del periodismo. En esto es usted iniciador [...]

Obra realista, innovadora por el protagonismo dual, *La Regenta* destaca por su genial construcción, la maestría con la que la acción interna se entretreje con la acción externa y la acción individual se proyecta sobre el telón de fondo de la acción colectiva, por la profundidad en la caracterización de los

protagonistas individuales y, sobre todo, por la capacidad del autor de crear un protagonista colectivo complejo, representante de una época y un régimen, sobre los que Clarín arremete con lucidez e ironía caústica.

En la literatura española no se puede hablar de naturalismo en el verdadero sentido de la palabra, de aquel naturalismo teorizado por Zola en su prefacio a *Thérèse Raquin* de 1867, o en *Le roman expérimental* de 1880. En España, el teórico del naturalismo, Emilia Pardo Bazán, define en su ensayo *La cuestión palpitante* las coordenadas de esta corriente tal como sería entendida y adoptada en España. Según ella, el naturalismo debe surgir y alimentarse del realismo autóctono. El aspecto positivo del naturalismo es su intención de representar la vida real. Éste es el rasgo que más influencia tendrá en la narrativa española de finales del siglo XIX. Rechaza Pardo Bazán, desde su catolicismo, quizás, la teoría fisiológica de la herencia, de «los casos patológicos», y los aspectos licenciosos del naturalismo. Escribía la autora citada en su novela corta *Un viaje de novios*:

Y siendo la novela, por esencia, trasunto de la vida humana, conviene que en ella turnen, como en nuestro existir, lágrimas y risas, el fondo de la eterna tragicomedia del mundo... ¡Oh, y cuán sano, verdadero y hermoso es nuestro realismo nacional, tradición gloriosísima del arte hispano! Nuestro realismo, el arte que ríe y llora en la «Celestina» y en el «Quijote»; en los cuadros de Velázquez y de Goya, en la vena cómico-dramática de Tirso y Ramón de la Cruz.

Éste es el naturalismo que valora Clarín en el prólogo al estudio de Pardo Bazán y que fue, en realidad, el único naturalismo practicado en España. A pesar de haberse declarado partidario del naturalismo de Zola, el crítico literario Clarín supo ver los aspectos discutibles de la propuesta zoliana y en su novela cumbre se decanta por la revaloración de las más nobles tradiciones del realismo español, desde los vigorosos retratos sicológicos hasta las pintorescas escenas costumbristas: la descripción del palacio de los marqueses de Vegallana, de la casa de la doña Petronila, las fiestas, las solemnidades religiosas, el casino, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARNÁIZ, PALMIRA. 1967. *Curso de historia de la literatura española*, Bucuresti, Editura Didactica si Pedagogica.
- GULLÓN, RICARDO. 1958. *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus.
- MARTÍNEZ CACHERO, JOSÉ MARÍA. 1985a. «Vetusta: los "seudos" de una sociedad provinciana», *Letras de Deusto* 15 (1985), 32: 159-170.
- 1985b. «Polémicas y ataques del "Clarín" crítico», en Antonio Vilanova (ed.). *Clarín y su obra. En el Centenario de La Regenta. Actas del Simposio Internacional celebrado en Barcelona del 20 al 24 de marzo de 1984*, Barcelona, Universidad de Barcelona: 83-102.
1989. «Leopoldo Alas "Clarín": sobre tres episodios de su vida», en Adolfo Sotela Vázquez (coord.) & Marta Cristina Carbonell (ed.). *Homenaje al Profesor Antonio Vilanova*, Barcelona, Universidad de Barcelona: 373-386.
- PÉREZ GALDÓS, BENITO. 1946. «Prólogo», en Leopoldo Alas «Clarín». *La Regenta*, Buenos Aires, Emecé.
- SAINZ RODRÍGUEZ, PEDRO. 1921. *La obra de Clarín*. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1921-1922, Madrid.
- SOBEJANO, GONZALO. 1967. *Forma literaria y sensibilidad social*, Madrid, Gredos.
- SOTILLO, ANTONIO. 1896. «Clarín (Semblanza literaria)», prólogo a *Crítica arbitraria*. Breve antología de la crítica literaria «clariniana», Valencia.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO. 1965. *Panorama de la literatura española contemporánea*, 3ª ed., Madrid, Ediciones Guadarrama.

NOTAS

- 1 Pseudónimo del escritor cubano Emilio Bobadilla, gran amigo de Clarín hasta finales de 1891. Después de varios ataques mutuos y réplicas en la prensa madrileña, los dos llegaron a zanjar sus diferencias con un duelo, celebrado el 21 de marzo de 1892 (Martínez Cachero 1989: 379-380).